

I

Es media noche. El corazón palpita
al resonar de cada campanada...

(¿Acudirá á la cita
nuestra amada?)

Todo en torno reposa...
Tiembla en un charco el oro de una estrella...
Llega de no sé dónde una olorosa
ráfaga de jardín... (De alguna rosa
que se entreabre ó de los labios de Ella?)

Todo duerme... Ni un ruido...
Ni una rama se mueve...
Mi corazón ni á palpar de atreve...
¿Ella, como el jardín, se habrá dormido?

En la calle desierta,
entre las sombras se abre una ventana,
como si fuese una pupila humana
que al rumor de mis pasos se despierta.

II

En la desolación de mi tristeza
á veces me despierta tu sonrisa...

¡Cómo aspiro la flor de tu belleza
en el fugaz perfume de la brisa!

Pero estás tan lejana, tan lejana!...
Oh, fallido deseo,
ensueño estéril y esperanza vana,
que ya imposible para mí te creo!

Habitas en el mundo?... Todo ha sido
un sueño que he soñado?...

¿He soñado tu amor ó lo he vivido?
¿Te he amado alguna vez ó aún no te he amado?

Tu amor ¿es sufrimiento
ó alegría?
¿Es un recuerdo ó un presentimiento?
¿Has sido ó serás mía?...

Y una voz melancólica resuena
dentro del corazón, y su dulzura
el silencio perfuma con la pura
fragancia de una mística azucena.

Lentamente musita
su voz antigua y trémula á mi oído.

— La amada que perdiste, resucita...
Soy lo que aguardas y lo que has perdido!...
La suprema ilusión que alienta al hombre
y la imposible estrella...
No tengo edad ni nombre...
Soy la de siempre: — Ella!

III

Paz, mi Señor. Un poco
de paz, sólo te pido,
y que venga el olvido
lentamente! Me toco
el corazón y siento
sangrar la vieja herida...

¡No sueñes, pensamiento,
con salvarle la vida!...

Mi corazón se muere
 porque ni curas ni vendajes quiere...

No le mata la herida, se suicida...
 Tú lo sabes, Amor. Tú bien lo sabes!...
 Tú que poniendo el dedo
 sobre su labio, le dijiste: —¡calla!..

¿Por qué negarle á él lo que las aves
 cantan con libertad?... Tuviste miedo
 de escucharle tal vez?... ¿Por qué una valla
 infranqueable alzaste de repente
 entre su sed y el agua de tu fuente?...
 Y por qué en tus miradas le ofreciste
 —¡oh, perversa crueldad!— lo que sabías
 que darle no podías?...

Es verdad, es verdad que tú le heriste
 con dulzura, con toda la dulzura
 de que es capaz el corazón humano...

Mas él no quiere cura,
 y se agranda la herida con su mano...

Y tanto ama la herida
 porque la abriste tú, que alegre muere,
 porque á perderte, Amor, perder prefiere
 el doloroso encanto de la vida!

IV

Cuando en el gran silencio nocturno me redimo
del impuro contacto de las cosas ajenas,
y con la propia sangre de mis venas, las venas
marmóreas de un recuerdo inmemorial animo,

—¡oh, lírica custodia del pasado, racimo
de miel y de frescura para mis agrias penas!—
como un preso que canta al son de sus cadenas,
para ti, las estrofas de este soneto rimo!

Son las joyas nupciales con que soñó adornarte
la magnífica y pródiga lujuria de mi arte!
El sueño sobrehumano de un perdido tesoro,

un naufragio de joyas, evocarás al verlas...
Collar en cuyo engarce finísimo de oro
tiemblan catorce lágrimas como catorce perlas!

V

Bajo la azul belleza del espacio sereno,
sobre la tierra húmeda de rocío, tu planta
resbala tan suave ¡oh, divina Atalanta!
que no huella siquiera los verdores del heno.

Con la loca alegría de un caballo sin freno
atraviesas la senda donde la fuente canta,
y en la huida, tu mano tímida se adelanta
para cubrir la olímpica desnudez de tu seno.

Lo mismo que un relámpago de clásica blancura,
 cruzas entre el verdoso temblor de la espesura.
 Resuena el jadeante rezongo de tu aliento;

un lúbrico perfume de carne en flor exhalas,
 y tus oscuras crenchas al impetu del viento
 tiemblan sobre tus hombros como si fuesen alas.

VI

¡Oh, tus manos, tus manos que son como
 dos gemelas palomas eucarísticas,
 ¿cuándo las sentiré, sobre tu falda,
 desfallecer temblando entre las mias?

Oh, tus manos, tus manos que son como
 dos puras y piadosas golondrinas,
 ¿cuándo las sentiré sobre mis sienes
 arrancar con sus dedos mis espinas?

¡Oh, tus manos, tus manos que son como
lises de plata bajo luna viva,
¿cuándo en la albura de sus transparencias
verán la luz del alba mis pupilas?

¡Oh, tus manos, tan tristes y tan solas,
tan solas y tan tristes cual las mías!...
Manos de reina náufraga, á los cielos
en suplicante imploración tendidas,
¿cuándo podrán mis manos temblorosas
salvaros del naufragio de la vida?

VII

Cierra los ojos cuando esté á tu lado...
De todo cuanto miras tengo celos...
De la luz del paisaje, cuando sueñas
en la terraza; de los altos cielos,

cuando á la altura elevas tu mirada,
como buscando á Dios; del libro abierto
que descansa en tus manos, cuando inclinas
sobre sus blancas páginas tu cuello...

De todo cuanto alumbran tus pupilas
con su obscuro y divino centelleo...

Quieras ó no, me adores ó me odies,
tus ojos sólo para mí se han hecho,
por que nadie comprende sus ternuras
y sus tristezas, como yo comprendo,
porque en nadie penetra tan profundo
la luz de su mirar, porque los siento
pasar mis carnes y encender mis venas
y abrasar las raíces de mis huesos...

Cuando pienso que puede abandonarme
la luz de tu mirada, siento anhelos
de arrancarte los ojos y guardarlos
cual dos diamantes trágicos y negros,
eternamente, para mí tan sólo,
en los áureos joyeles de mis versos!

VIII

¡Piedad, piedad, para mi pobre alma!
¡Piedad, piedad, para mi pobre cuerpo!
Mi vida es un suplicio interminable...
¡No puedo más!... ¡No puedo!

La sed me abrasa la garganta, quema
mis fauces secas, y en la fiebre siento
romperse el corazón, crujir mis dientes,
arder mi carne y crepitar mis huesos.

Y en tanto que la sed me da la muerte
 á mi lado correr la fuente veo,
 —¡la única fuente que mi sed calmará!—
 y á ella los ojos y los labios tiendo,
 pero por miedo de enturbiar sus aguas,
 de su frescura inmaterial no bebo!

¡Oh, dulces labios que me sonreís,
 ¿por qué á mi lado sin cesar os veo,
 si nunca generosos calmaréis
 esta sed infinita de mis besos?

IX

Tiene tu orgullo la altivez de una
 princesa desterrada, que en la lóbrega
 prisión de su destierro, aún nos recuerda
 que empuñó cetros y ciñó coronas.

Yo soy altivo como un dios de mármol
 que yace inmóvil sobre el ara rota.

Tus alas de imperial águila heráldica
 sueñan aún, en sus prisiones sórdidas,

con los épicos vértigos del vuelo
y la grandeza de las cumbres solas.

Yo también sueño, como el viejo abeto
bajo las nieves de mi noche nórdica,
con el amor ardiente y misterioso
de la palmera en los desiertos sola...

Palmera solitaria, ¿del abeto
quieres tú ser la misteriosa novia?

MUSA NUEVA